

## BUSCAVIDAS

© 2017, Jus, Libreros y Editores S. A. de C. V.  
Donceles 66, Centro Histórico  
C. P. 06010, Ciudad de México

*Buscavidas*

ISBN: 978-607-9409-67-8

Primera edición: marzo de 2017

Diseño de interiores y composición: Sergi Gòdia

Todos los derechos reservados.  
Queda prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,  
incluidos la reprografía, el tratamiento informático,  
la copia o la grabación, sin la previa autorización  
por escrito de los editores.

JIM TULLY

# BUSCAVIDAS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE ANDRÉS BARBA

Jus

*A*  
RUPERT HUGHES,  
*amigo mío,*  
*y a*  
CHARLIE CHAPLIN,  
*poderoso vagabundo*

## VIAJE

La vía del tren quedó en la distancia  
y el día es ruidoso, repleto de voces,  
pero aunque no haya trenes en lontananza,  
yo escucho el silbato desde entonces.

Ya no pasan trenes en la oscuridad del cielo,  
las noches son tranquilas y para dormir,  
pero las cenizas rojas aún alzan el vuelo,  
y el vapor de la locomotora yo creo sentir.

Los viejos amigos mi corazón calientan,  
jamás conoceré amigos más nobles,  
pero todos los trenes que pasan me tientan,  
nunca me importó el adónde.

*Edna St.Vincent Millay*

## ST. MARYS

Pasado el desfiladero de los años, hasta las experiencias más intensas se vuelven confusas en la memoria, pero lo que se ha vivido como joven vagabundo permanece hasta que se enfilaba el último camino a casa. Muchas veces he intentado imaginar lo que podría haber escrito Cervantes sobre sus caminatas por los soleados senderos españoles; o Goldsmith, en su inglés incomparable, sobre los días en los que tuvo que tocar la flauta para ganarse el pan; o el anciano y ciego Homero sobre sus experiencias en los caminos de Grecia: el viejo juglar habría podido inmortalizar incluso al esclavo griego que le preparaba la comida.

Realicé tres viajes fallidos antes de convertirme siquiera en un aprendiz de vagabundo. No hay que olvidar que los vagabundos se toman muy en serio su profesión: en el juego hay mucho que aprender y aún más que sufrir.

En mis ratos de ocio solía holgazanear cerca del depósito del tren del pueblo de Ohio desde el que emprendí mi carrera como vagabundo. Allí charlaba con buscavidas que me contaban con aire indiferente extraños relatos sobre lugares remotos. Un día conocí a uno, muy joven, que acababa de llegar de California. Había pasado dos meses encerrado en una cárcel del Oeste acusado de vagancia. Estaba orgulloso de sus proezas y hablaba pomposamente de ellas. Hizo que me sintiera avergonzado de mi vida monótona en aquel pueblo monótono.

Nos sentamos junto a un puente alto que cruzaba el río St. Marys y él se puso a lanzar piedras a las perezosas aguas del río. Lo observé con atención. Sus movimientos y su forma de hablar eran toscos, como se podía esperar de un muchacho

que llevaba vagabundeando desde California. Le habían sacado un ojo en Arkansas y, sobre la cuenca vacía y roja, llevaba un parche de cuero atado a la cabeza con un cordón de zapato. Era un joven fornido y quemado por el sol. Tenía los dedos de la mano derecha amarillos de tantos cigarrillos, era de carácter frívolo y hablaba de aquellos lugares lejanos, más que con reverencia, con un aire descuidado.

Lanzó una piedra plana que rebotó sobre el agua como un pez volador hasta hundirse en una pequeña onda circular.

—¿Qué pueblo es éste, chico?

—St. Marys, señor —respondí humildemente.

—No me llames «señor». Me llamo Billy —replicó. Echó una desdeñosa ojeada al pueblo y añadió resoplando—: ¡Por Dios!, te aseguro que no me verán pudrirme en una cloaca como ésta. Más que un pueblo parece una enfermedad. Sólo se vive una vez y uno tiene que aprovechar.

—¿Te gusta la vida errante, Bill? —pregunté.

Giró levemente la cabeza y me miró con franqueza con su único ojo.

—Claro que me gusta, no la cambiaría por nada. No le veo nada bueno al trabajo: sólo trabajan los idiotas. Les silban por la mañana y acuden como si fueran ganado. Te aseguro que eso no es para ti.

—Me gustaría largarme de este antro —le dije—, y creo que lo haré. Casi tengo que pagarle a la fábrica para trabajar allí.

Le expliqué cómo era mi trabajo y lo que ganaba y él sonrió con desdén.

—Déjalo, muchacho, déjalo. No te lo has podido montar peor: sólo sacas para comer y para eso no hay necesidad de hacer nada; hasta los gatos callejeros se las ingenian para conseguir comida. Además —y aquí elevó un poco el tono de voz—, en la carretera se aprenden cosas. ¿Qué diablos vas a aprender aquí? Te apuesto lo que quieras a que en este antro nadie se entera de qué va la vida.

Reflexioné sobre aquella filosofía brutal mientras él se levantaba el parche negro y se rascaba la cuenca vacía. Hubo un largo silencio y yo tomé la decisión de abandonar aquel pueblo tan pronto como pudiera; no sin recelo, porque entre toda aquella gente anodina de St. Marys se contaban también algunos amigos míos.

En el pueblo había un borracho llegado de quién sabe dónde. Solía hablarme de libros. Cuando estaba bebido, lo que sucedía casi a diario, se jactaba de su pasado: un sendero largo y tortuoso repleto de ciénagas. Se llamaba Jack Raley.

Los del pueblo solían invitar a beber al viejo Raley y luego se burlaban de él. A pesar de su indigencia de borracho, de ser un gorrón, de haber caído más bajo que una escupidera y de ser una mosca de taberna, para mí seguía siendo el hombre más rico que conocía en el pueblo porque llevaba en el bolsillo un andrajoso volumen de Voltaire del que siempre me hablaba. Raley había sido tipógrafo itinerante durante muchos años y había llegado al final de su camino en St. Marys.

El chico tuerto se quedó en silencio y yo pensé en aquel viejo que se ataba los pantalones de pana con una cinta de maleta a modo de cinturón. Había perdido todos los dientes delanteros menos dos, y habría podido prescindir incluso de éstos sin mucho problema porque rara vez comía. Era un borracho monumental, tal vez el mayor que haya visto en mi vida. Tenía los ojos amarillos e inyectados en sangre, con numerosas venitas como ríos rojos que cruzaran un prado amarillo. Finalmente dije:

—Me largaré de aquí, pero odio tener que despedirme de algunas personas.

A Bill parecieron animarle aquellas palabras.

—Bueno, no puedes llevarte a todo el mundo contigo. Olvídate de este lugar: no es más que una trampa.

—Supongo que tienes razón —respondí débilmente.

Bill me miró boquiabierto y maravillado ante la posibilidad de que un joven que jamás había salido de su pueblo cues-



tionara sus palabras. Había cierto tono de reto en su voz cuando se dirigió a mí:

—¿Supones que tengo razón? ¡Ja! Pues yo te aseguro que la tengo: sé unas cuantas cosas, no nací ayer.

Traté de aplacarlo haciéndole preguntas sobre cómo era la vida errante y su ego juvenil se infló para la ocasión. Me habló de muchas cosas, algunas de las cuales verifiqué luego por experiencia propia.

—Muchacho, si decides vivir en la carretera no permitas que ningún viejo vagabundo te tome por tonto. Los perros viejos se vuelven perezosos hasta para rascarse, por eso engañan a los chiquillos y les enseñan a pedir. Saben que la gente prefiere dar limosna a los niños, por eso los utilizan. Mucha gente siente lástima por los chicos que piden en los callejones. Los viejos vagabundos los llaman sus «pilllos». Cuando uno anda de aquí para allá no para de encontrarse con esos pequeños mendigos por todas partes. Podría contarte mil historias —dijo el trotamundos de un solo ojo.

El silbido de una locomotora nos llegó desde el oeste y enseguida oímos el traqueteo de los vagones. El guardafrenos iba sentado sobre el que pasó inmediatamente tras la locomotora. Llevaba un palo en la mano e iba contemplando el paisaje. Lo envidié.

El chico se ajustó el parche al ojo, encogió los hombros y se puso a correr tras el tren gritando: «¡Hasta la vista, chico! ¡Pórtate bien!». Abordó con un pavoneo fantástico y se despidió de mí agitando su mano sucia de cenizas mientras el tren cruzaba el puente rumbo a Lima.

## II INICIACIÓN

Unas cuantas semanas después partí en un tren de carga a Muncie, Indiana, a unos ochenta kilómetros de St. Marys. Pagué mi billete, si bien no a la compañía ferroviaria, sí a la tripulación del tren, ayudándoles a descargar cajas en las distintas paradas.

Me pasé todo el día descargando cajas. Era uno de esos típicos días de finales de invierno en el Medio Oeste. El aire era de un verde turbio y no hacía frío ni calor. Los animales se apiñaban en los prados como si aún se resistieran a abandonar su costumbre invernal de darse calor unos a otros. En un momento dado vi un petirrojo posado en una valla de alambre que había junto a la vía. Por algún extraño capricho de la memoria lo recuerdo perfectamente hasta hoy: tenía un aspecto tremendamente desconsolado, como un juerguista que ha decidido abandonar el calor de la fiesta antes de tiempo. El humo de la locomotora lo envolvió, pero él se quedó allí sin más, y recuerdo que pensé que tal vez el humo le daría un poco de calor.

Entre depósito y depósito me sentaba en el suelo del vagón a ver pasar el paisaje. Qué me importaba tener que descargar cajas: al menos iba a algún lugar. Un poco más allá, en el siguiente valle, estaba la vida, había sueños y esperanzas y ya no volvería a repetirse la monotonía y la amarga rutina de aquel mustio pueblo de Ohio. Yo, troglodita perteneciente a la raza de los narradores irlandeses que crearon los cuentos de hadas, iba por fin rumbo a las grandes aventuras. Ninguno de aquellos hombres tristes, miserables y destrozados bajo el peso de la rueda del trabajo, ninguna de aquellas mujeres con los nervios de punta, exhaustas hasta el punto de no poder siquiera

mirar las estrellas, vivirían en el país de ensueño al que me dirigía yo. Menuda estampa debía de hacer: un jovencito pelirrojo de mandíbulas prominentes, cubierto de pecas, con una sonrisa de medio lado y ataviado con la ropa de obrero más desastrada que se haya visto jamás. Todo había transcurrido ya en mi imaginación: había dejado de ser un mendigo apostado a las puertas de la vida; regresaría a St. Marys, pero convertido en un hombre rico. Les demostraría a esas altivas jovencitas de Spring Street que me habían despreciado que se habían equivocado conmigo; no volvería hasta que todo el mundo hubiese oído hablar de mí, y entonces saldría a pasear por las calles y la gente diría: «Ahí va Jimmy Tully; no era más que un borrachín que andaba siempre con las putas de Rabbit Town y mírale ahora. ¡Ja! Ahí tienes la prueba de hasta dónde puede llegar un chico en este país si trabaja duro y no malgasta su dinero». Ya entonces soñaba con hacerme escritor: escribiría grandes relatos y mi nombre aparecería en todas las revistas. Algún día los habitantes de St. Marys se levantarían por la mañana y verían mi nombre en la primera página del *Saturday Evening Post*. Ya lo creo que sí, se lo iba a demostrar a todos. A medida que el tren iba ganando velocidad también lo hacían mis pensamientos.

Pensé en Edna. Edna era, en mi opinión, la chica más guapa que jamás había vendido su cuerpo en Rabbit Town. Solía cobrar un dólar por servicio y, según me contó, hubo una noche en la que llegó a ganar cuarenta y ocho dólares. Cada vez que me acordaba de Edna me llenaba de satisfacción: mis primeros pasos en el sexo habían sido con ella, que no me había cobrado jamás. Me dijo que a las mujeres les gustaban los pelirrojos. Cada vez que veía su cuerpo pálido y su sedoso pelo color maíz cayéndole sobre los hombros me echaba a temblar de deseo. Desde luego que aquel rincón del tren no era el más indicado para pensar en mujeres, pero entonces no me importó. Me acordé de la vez que Edna y yo estábamos borrachos en Rabbit Town y le robé cuatro dólares. Ella lo descubrió y me dijo:

«Maldito ladrón, aquí está mi último dólar, cógelo también si quieres». Y lo hice. Pero ya hablaré de Edna más adelante.

A medida que fue transcurriendo el día se fue poniendo más nublado y frío, pero a mí me alegraba sentir que me alejaba de St. Marys. Me daba horror pensar en aquel pueblo y en mi vida allí. La sirena de la fábrica con la que nos llamaban a diario al trabajo solía ponerme la piel de gallina como el chirrido de una lima sobre el cristal. Imaginé a todos aquellos hombres apresurándose a llegar, con sus almuerzos en tarteras abolladas; a las chicas, con sus tacones desgastados y sus vestidos de percal, caminando hacia el molliño de algodón, y pensé en todos los meses que me había pasado trabajando por tres dólares a la semana y pagando dos por la pensión. Mi mala suerte me había llevado a fundir eslabones para un cadenero borracho que a menudo faltaba dos y hasta tres días a la semana. Muchas veces mi hermana, que ganaba un dólar y medio a la semana más la pensión, me daba veinte centavos para que no me desanimara esperando la paga.

Pensé un buen rato en mi hermana.

En cierta ocasión me dijo, mientras me daba una moneda de un cuarto de dólar: «La verdad, no me importa recibir algún golpe de vez en cuando, pero estoy segura de que Dios me está dando más de los que me tocan». Recordar sus palabras me hizo pensar en Dios con resentimiento. Entonces no era más que un embrión de poeta: aún me faltaba el sentido del humor. Además de mi hermana, también vivía en St. Marys mi hermano Hugh, un antiguo jockey con ojos de cordero degollado que contaba historias con un talento que yo jamás tendré para escribirlas. Me puse sentimental pensando en mis hermanos porque los quería sinceramente, pese a que ni siquiera me había molestado en despedirme de ellos. No importaba, ganaría mucho dinero y se lo enviaría. Pondría a toda la tribu Tully en el lugar que le correspondía, vaya que sí. A Hugh le encantaban los caballos; pues muy bien: cuando ganara dinero me compraría un carruaje y él sería mi cochero particular.

Mi otro hermano, Tom, murió en Arizona hace tiempo. Era un aventurero y buscador de oro, y se partió el cráneo a los veinticinco. Mi intención original era irme con él, pero hizo todo lo posible por desanimarme. Quería que estudiara. Mientras iba en el tren no podía dejar de preguntarme por qué aquellos tres leales familiares míos habían querido siempre que estudiara. Aún puedo oír a aquel buscavidas espléndido —y ahora difunto— diciéndome: «Jim, chico, estoy tan seguro de que algún día llegarás a ser alguien como de que Dios pone gusanos en las manzanas amargas. Estoy convencido, lo sé desde que llegamos a aquel orfanato de pequeños. No te rindas nunca, Jim, por Dios te lo pido, tienes un don, y por Dios que tienes que demostrárselo a todos esos bastardos que piensan que los Tully no somos más que un montón de basura sólo porque papá era un peón borrachín». En el tren, pensaba en la carta en la que me hablaba de sus esperanzas de encontrar oro. La postdata decía así: «Si encuentro algo lo compartiré contigo; si no, me haré cargo yo solo».

También pensaba en Boroff, aquel granjero analfabeto y sádico que me había tenido trabajando como un esclavo durante dieciocho meses en el condado de Van Wert. Un invierno estuvimos a veinticinco grados bajo cero y yo casi morí de frío porque no podía comprarme ni unos calzoncillos con el dinero que ganaba arando. Lo maldije en mi corazón y enseguida me juré a mí mismo que cuando fuera lo bastante poderoso regresaría y le daría una paliza. Me recreé en aquel pensamiento mientras traqueteaba el tren. Me pregunté por qué la gente era tan mala con los niños. Casi todos los que había conocido y a los que habían mandado del orfanato para trabajar en las granjas se habían acabado escapando, incapaces de soportar el trato que les daban. «Esos bastardos son demasiado tacaños como para contratar a adultos, por eso van a los orfanatos y se llevan a los niños», pensé, y de nuevo recordé a Boroff y a su hija, Ivy. Ni ella ni yo habíamos llegado siquiera a la pubertad, pero ya nos deseábamos. Boroff era un fanático

religioso y todos los inviernos iba a encuentros evangélicos. Se llevaba con él a su mujer —que estaba medio loca— y me dejaba con Ivy. Cuando nos quedábamos a solas en la casa Satán nos tentaba en la misma habitación donde estaba la enorme Biblia familiar. Mientras Boroff le cantaba hosannas a su Dios yo descansaba en los brazos de Ivy. Me pidió que no se lo contara a nadie y ni ella ni yo lo hicimos. Ella iba todos los domingos a la escuela parroquial, pero jamás soltó prenda. Siempre que oigo que las mujeres no saben guardar un secreto no puedo evitar sonreír.

Ivy era una muchachita adorable. Tenía unos pechos redondos y pequeños como manzanas y unas piernas blancas como el mármol. Años más tarde me encontré con ella y me dio todo lo que no me había podido dar siendo niña. Pero no hago más que divagar. Las mujeres son un tema fascinante. Ivy tenía un pelo negro y largo y unos rasgos afilados y bonitos. Las mejillas se le enrojecían y tenía el aliento caliente. Murió de tisis.

En uno de los depósitos, cuando terminamos de descargar las cajas, el ferroviario me contó una historia indecente. Empleó palabras que no me gustaron y me acabó dando asco. Si me quedaba en un lugar tan bajo, en aquel pozo tan oscuro y sucio donde no podía encontrarse más que lodo, acabaría acostumbrándome a toda aquella basura. Yo era distinto. Puede que mi ropa estuviera inmundada, pero podía ver cómo las nubes navegaban por el cielo delante de la luna, cómo piaban los pardillos y cantaban las alondras.

A pesar de las malas jugadas del destino amaba la belleza y la veía por todas partes. La aventura que estaba viviendo ensombreció aquellas sensaciones pasadas y protegió mis sentimientos.

Y fue así como llegué al final de la primera jornada de mi viaje, pensando en todas aquellas cosas.

El viaje duró un día completo y llegamos a Muncie desde el este en el mismo instante en que una tormenta de nieve llegaba desde el oeste. Nevó con fuerza durante horas; el vien-

to lanzaba los copos en todas direcciones. Al final el viento se apaciguó y dejó de nevar. Hacía un frío intenso. Llegó la oscuridad. La tripulación del tren hacía mucho que estaba bajo cubierto, pero yo tuve que buscar un lugar donde resguardarme sin haber cenado, hasta que al fin encontré un cobertizo para la arena en el límite del depósito del tren.

El cobertizo estaba lleno de vagabundos. Algunos estaban echados sobre cajas, sentados en sillas rotas o tumbados sobre la arena, amontonada como si fuera cereal a uno de los lados. Había una estufa grande y redonda que el fuego había enrojecido aquí y allá. El calor había derretido la nieve del techo; el agua se deslizaba, se juntaba en un punto y goteaba monótonamente sobre un papel de alquitrán que habían puesto sobre la arena. El café borboteaba en un recipiente de piedra sobre la estufa. Algunos rebuscaban entre los utensilios de cocina que había en una caja en la que se podía ver también todo tipo de comida. Había pequeños almuerzos envueltos en papel a los que los vagabundos llamaban «paquetes» o «donativos»: comida que les habían dado algunas personas de buen corazón cuando habían ido a pedir a sus casas.

—Qué hay, hermano —dijo uno de aquellos vagabundos cuando me vio entrar.

El que me había hablado tenía la boca torcida hacia un lado y, en el labio inferior, una cicatriz roja que a todas luces parecía una cuchillada. Llevaba una camisa negra de satín, una grasienta corbata roja y un abrigo de una talla demasiado pequeña para él que sus musculosos hombros habían rasgado en los sobacos.

A su lado estaba sentado un decrepito vagabundo de mediana edad. Llevaba un bigote negro y barba de varias semanas. El cuello de su camisa, demasiado grande para él, lucía negro y amarillo de mugre. Los pocos dientes que le quedaban sobresalían de su boca completamente torcidos. Otra media docena de hombres me miró con recelo. Los saludé y el que me había hablado primero volvió a dirigirse a mí:

—Hace una noche de perros, compadre. He llegado hoy de San Luis. Voy a Cincinnati y de allí tiro hacia el Sur.

—Me encontré con Frisco Red el otro día en Cincinnati —dijo el vagabundo del cuello amarillo— y me contó que en el sur son duros, que les dan palizas a los vagabundos.

—Nueva Orleans no está mal. Un pariente me dijo que allí se puede pillar mucho —dijo otro.

—Pues sí, hermanos, lo mismo me da la ventolera en cualquier pueblucho y me largo al Sur. Eddie Dinamita está en Chattanooga y podría ir a verlo. En este páramo olvidado de Dios no querrían vivir ni los esquimales.

Oímos un pitido en el frío aire nocturno y poco después una locomotora se detuvo cerca del almacén de arena. Se abrió la puerta y entró un hombre con un mono cubierto de manchas de grasa; llevaba dos cubos y se puso a llenarlos de arena con ayuda de una pala.

—¿Os habéis quedado sin arena? —preguntó uno de los mendigos.

—Sí —respondió el hombre del mono sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

—Seguro que en estas noches usan arena para frenar las locomotoras.

—No les queda más remedio —dijo el hombre del cuello mugriento—: si no, patinarían sobre las vías.

—Pues no estaría mal —dijo otro.

El hombre salió con la arena y al poco rato se oyó a la locomotora rechinar sobre las vías. Inmediatamente después el cobertizo quedó en silencio; sólo se oía de cuando en cuando el chisporroteo del carbón en la estufa y el goteo de la nieve derretida. El calor hacía que todos los vagabundos tuvieran un aspecto un tanto soñoliento; algunos roncaban echados sobre la arena.

El hombre del labio torcido y la cicatriz me ofreció café y comida, algo que yo acepté ávidamente porque no había probado bocado desde primera hora de la mañana.



—Tú no llevas mucho yendo de aquí para allá —dijo un vagabundo de aspecto aún más andrajoso que el resto—. Hacen falta agallas para que alguien que está tan verde se largue de casa un día como hoy; si yo fuera tú volvería y me quedaría allí hasta que oyera cantar a los pájaros en primavera.

Justo en ese momento la puerta se abrió de golpe y apareció un policía. Su potente linterna se impuso a la pálida luz que destellaba tras el borroso cristal de la lámpara de keroseno.

Los vagabundos del refugio se alarmaron, pero a mí me dio un ataque de pánico porque era mi primer encontronazo con la ley.

El oficial echó un vistazo al almacén como si estuviera buscando a un individuo en particular.

—Supongo que no está aquí —dijo para sí mismo mientras apuntaba con su linterna a las caras de todo el grupo—. Está bien muchachos, os podéis quedar aquí hasta mañana, hace un frío de mil demonios ahí afuera.

Le llegó el aroma del café.

—Ese café huele bien —comentó—, dadme una taza.

Los mendigos, movidos por el ansia de confraternizar con el poder, buscaron una taza todos a la vez. Uno de ellos le acercó el café al oficial y le preguntó:

—¿Azúcar, señor?

—No —dijo su policiaca majestad—; así está bien, gracias. Devolvió la taza vacía y añadió—: Podéis quedaros aquí, no hay problema.

—Gracias, señor —contestaron al unísono los agradecidos vagabundos. Al salir el policía, uno de ellos comentó:

—Algunos polis son buenos tipos.

—Nunca hay que fiarse —replicó otro.

Los que estaban tumbados en la arena no se habían despertado ni un segundo.

—A esos los puedes pellizcar que ni se enteran —dijo uno de los vagabundos señalando con la cabeza los cuerpos que respiraban pesadamente—. A mí una vez me detuvieron en

Chicago y anda que no dormí como un santo esa noche en la comisaría.

—Pues una noche yo iba corriendo para agarrarme a un mercancías en Pittsburg —intervino el del cuello mugriento— cuando choqué contra un semáforo de vías y me quedé viendo las estrellas. Estaba lloviendo a mares desde el norte, el sur, el este y el trópico, pero no me desperté hasta la mañana siguiente, más mojado que un charco. Estaba tirado entre las vías y los trenes me pasaban a los lados. Si me hubiese dado por estirar cualquiera de los dos brazos ahora sería un vagabundo con garfio.

Se echó un vistazo a las mugrientas manos. Llevaba puesto un sombrero destrozado por las inclemencias del tiempo sobre una cabeza calva y redonda como una bola de billar. No tenía cejas: se le habían caído con el resto del pelo. Tenía grandes bolsas bajo los ojos y los párpados inferiores enrojecidos como heridas. Sus ojos llorosos parpadeaban constantemente y la frente se le encogía con movimientos nerviosos.

Yo lo contemplaba con fascinación. Se quitó el sombrero y se acarició la calva como si peinara un mechón rebelde.

Los vagabundos se rieron de buena gana con aquel gesto y yo también. Se me quedó viendo y sonrió.

—¿Qué pasa, pelirrojo, tienes envidia? —preguntó.

—No, prefiero tener el pelo rojo a no tener nada —repliqué.

—¿Naciste calvo? —preguntó otro mendigo.

—No, el pelo se me empezó a caer después de unas fiebres y un tipo me dijo que si me lo afeitaba me saldría más...

—¿Y nunca volvió a crecer? —volvió a preguntar el mendigo.

—No que yo sepa.

Nos interrumpió un ruido tremendo que venía del exterior. La puerta se abrió de golpe y dos linternas nos iluminaron las caras.

—¡Manos arriba todos! —dijo una voz ronca que brotó tras una de las linternas. Dos policías entraron en el refugio.

Uno de ellos era el mismo oficial que había bebido café con nosotros. Nos alinearon contra la pared y nos registraron.

Nos hicieron salir del refugio y nos llevaron a otro lugar en el que había otros dos policías dando pisotones a la nieve para sacudirse el frío. A continuación, los cuatro nos condujeron hasta un camión de la policía que estaba junto al depósito. Cuando llegamos allí uno de ellos gritó: «Todos adentro». Obedecemos.

El camión avanzó traqueteando por las calles llenas de baches en dirección a la comisaría. Uno de los mendigos me dijo:

—Si te preguntan, tú no has oído nada, ¿entiendes?

—Sí que he dormido como un tronco —dijo uno de los que habían estado durmiendo sobre la arena—: he soñado que estaba comiendo panqueques con miel.

El camión se detuvo frente a la comisaría y nos hicieron formar frente al comisario. Aquel austero señor nos observó detenidamente con gesto desdenoso.

—Sáquenlos de aquí y luego vayan haciéndolos entrar de uno en uno —ordenó.

Nos llevaron a otra habitación bajo la custodia de dos policías. Yo fui el primero al que llevaron ante el comisario. Caminé tras mi captor con las rodillas temblando de miedo, como si me estuviera llevando a galeras después de ver el mundo por última vez.

El comisario tenía los ojos pequeños y cara de pocos amigos. Llevaba un enorme bigote rojo y su aspecto me recordaba a los forajidos que había visto ilustrados en las novelas de aventuras.

—¡Muy bien! —exclamó el comisario mirándome con el ceño fruncido—. ¿Qué caja fuerte has abierto? ¿Cuánto tiempo llevas fuera de la cárcel? —Yo estaba paralizado de miedo y sólo con ver los severos rostros de mis captores se me llenaron los ojos de lágrimas—. Habla, muchacho, confíésalo todo. Te dejaremos marchar si nos dices la verdad —añadió.

Yo dije la verdad al instante, pero el gesto del comisario no se relajó.

—¿Alguno de los otros ha hablado de los «trabajos» que ha hecho últimamente o de algo parecido?

—No, señor —respondí.

—¿Y de qué han hablado entonces?

—Del tiempo más que nada, y de la calva de uno de ellos.

Cuando acabó el interrogatorio me llevaron a una celda y me dejaron allí hasta que terminaron de interrogar y de registrar nuevamente a todos. En el bolsillo de uno de los mendigos encontraron algo de dinero.

Nos condujeron por calles desiertas hasta un edificio a medio construir que resistía a duras penas aquel viento invernal. El policía hizo sonar un timbre viejo y al instante abrió la puerta la vieja más decrepita que hubiera visto jamás.

Tras ella brillaba una luz estridente. Al ver al policía la vieja hizo una obsequiosa reverencia arqueando aún más su ya encorvada espalda.

—Pasen, caballeros —dijo mostrando sus encías sin dientes.

El que se había bebido el café de los vagabundos le trasladó las órdenes a la mujer, le dio el dinero que habían encontrado en el bolsillo de uno de ellos y se despidió.

—Quiero que os larguéis a primera hora de la mañana. Si os veo merodeando por aquí mañana por la noche os vais a enterar de lo que es bueno. Hay mucho espacio libre en la casa de trabajo para vagos como vosotros.<sup>1</sup>

En cuanto el policía se marchó los modales de la vieja cambiaron por completo. Despareció su sonrisa servil y su decrepita boca quedó enmarcada de arrugas.

<sup>1</sup> Una casa de trabajo (*Workhouse*) era un lugar de acogida para gente sin medios. Una vez allí debían cumplirse reglas muy estrictas y trabajar. (*Todas las notas son del traductor.*)

Cogió una pequeña lámpara de queroseno con el cristal oscurecido por el humo y nos indicó: «Por aquí».

Se levantó ligeramente la falda a cuadros dejando ver sus delgados tobillos y subió con agilidad por las escaleras. La seguimos hasta un ático con numerosas camas, muchas de las cuales estaban vacías. Dos lámparas de queroseno iluminaban débilmente la estancia. De cuando en cuando el silencio se veía interrumpido por algún ronquido. .

En todo el ático sólo había una pequeña ventana. Tenía cuatro cristales que se sostenían de milagro, habiendo perdido la masilla.

La vieja arpía nos mostró nuestras camas; a continuación alzó la lámpara por encima de su cabeza y echó un vistazo a la habitación. Un hombre gemía en la cama que estaba junto mí y se revolvió incómodo sobre el colchón. La vieja se detuvo un instante y miró en dirección del gimiente, pero enseguida dio media vuelta y volvió a bajar por los crujientes escalones.

Al resto de los durmientes no pareció molestarles nuestra llegada.

Como no conseguía dormir, me dediqué a preguntarme qué habría sido de la comida que estaba en la caja. También pensé en el vagabundo tuerto al que había conocido hacía tanto tiempo. Me pasaron muchas cosas por la cabeza mientras oía el silbido de las locomotoras deslizándose sobre las vías en la quietud de la noche e impidiéndome pegar ojo.

Los escalones crujieron y al instante vi aparecer el rostro de la vieja, que venía del piso de abajo. Llevaba en alto una lámpara y caminaba en silencio como una sonámbula. Iba acompañada de dos hombres.

La vieja les señaló dos camas que estaban junto a la pared. A continuación volvió a alzar la lámpara por encima de su cabeza y echó un vistazo, tal como había hecho antes. Enseguida se marchó y volvió a escucharse el crujir de los escalones.

Los dos hombres charlaron un rato en voz baja antes de meterse en la cama. Uno de ellos miró hacia la lámpara que

nos iluminaba tímidamente y dijo elevando un poco la voz: «Creo que apagaré esa luz». Fue hasta la lámpara, hurgó tras la pantalla y apagó la llama.

La habitación quedó sumergida en la semioscuridad. La otra lámpara formaba unas sombras oscuras en la pared opuesta.

El hombre de la cama que estaba junto a la mía no paraba de gemir, como si le costara respirar. «A lo mejor está enfermo», me dije a mí mismo. Me levanté de la cama y me incliné sobre él. En aquella semipenumbra su rostro tenía un aspecto horrible. A continuación atravesé la habitación hasta la cama del hombre de la cicatriz en la cara. Estaba echado boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Qué sucede, muchacho? —preguntó.

—Creo que el tipo que está junto a mí está muy enfermo —respondí.

Saltó de la cama al instante, se hurgó los bolsillos y sacó una cerilla con la que encendió otra lámpara que estaba colgada en la pared. A continuación se acercó hasta el catre del hombre. Sus pasos despertaron a algunos vagabundos que se incorporaron en sus camas.

Al llegar junto al enfermo le tocó el hombro.

—¿Cómo vas, compadre?

—Me la estoy jugando —fue su débil respuesta.

Oímos cómo se corría la voz por toda la habitación. Algunos se levantaron de sus camas.

—Traedme la lámpara —ordenó el vagabundo de la cicatriz.

Uno de los mendigos la descolgó del soporte de la pared y se la acercó.

—Sostenla, muchacho —me dijo.

La luz iluminó los coágulos de sangre que había sobre las sábanas. Dos hombres fueron a traer sus almohadas y otros dos alzaron al quejumbroso vagabundo para que pudieran ponérselas en la espalda. A continuación lo bajaron delicadamente, dejándolo recostado.

—Con eso al menos le dejará de salir tinta por la boca —dijo el hombre de la cicatriz, y a continuación se dirigió a otro mendigo—: ve abajo y dile a esa vieja fantasma que aquí hay un tipo que se está muriendo, que llame al médico.

El mendigo salió corriendo escaleras abajo.

El enfermo empezó a toser e intentó incorporarse. Tosía con tal violencia que parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. La cama no paraba de moverse. En un intento desesperado de liberar sus pulmones se rasgó la camisa por el pecho.

—¡Ay, ay, ay! —gimió.

—¡No hay aire en este maldito lugar! ¡Abrid esa ventana! —gritó alguien y uno de los vagabundos se apresuró a hacerlo.

—Está cerrada con clavos —dijo.

Otro de los vagabundos cogió uno de sus zapatos del suelo, fue hasta la ventana y rompió los cristales con el tacón. El cristal le hizo un corte en la mano y soltó el zapato, que cayó a la calle junto a los cristales rotos.

—Maldita sea, ahí va mi zapato. Voy a tener que buscarlo luego entre la nieve.

La vieja apareció dando traspies por las escaleras. Estaba todavía más pálida. Al verla entrar, varios vagabundos se apresuraron a ponerse algo de ropa.

El desvaído chal se le cayó de los hombros cuando llegó hasta los pies de la cama y contempló el rostro del moribundo.

—Va a estirar la pata —dijo uno de los mendigos—, ¿no puede llamar a un médico?

La lámpara tembló en la mano de la anciana.

—No tengo teléfono —respondió.

El hombre gemía cada vez más alto. La sangre le escurría por las comisuras de la boca y caía sobre sus hombros.

Un segundo después se puso rígido. Miraba hacia arriba como quien está sediento en medio del desierto y alza la vista a la espera de un milagro. Extendió los brazos y apretó las

mandíbulas, a lo que siguió otro ataque de tos, más violento si cabe. Volvió a apretar las mandíbulas, pero enseguida sus labios se abrieron en una sonrisa medio sardónica y dejó caer los brazos sobre el pecho. Oímos un ruido brotar de su garganta, su pecho dejó de agitarse y el vagabundo se desplomó finalmente sobre la almohada, más callado que una piedra.

La vieja le pasó la lámpara a un mendigo que estaba a su lado. La escena nos había dejado mudos. La mujer nos dirigió la palabra por primera vez: «Ya es demasiado tarde como para llamar a un médico» y a continuación tapó con la sábana al callado buscavidas.

Yo me quedé mirando la sábana con la que taparon el rostro del difunto y a continuación me agarré del brazo del vagabundo con la cara marcada.

—Qué desastre, muchacho —me dijo—, parece que el viejo ha llegado a la última estación.

—Sí —dijo otro de los mendigos—, ya no tendrá que cavar más zanjas ni nada.

—Qué suerte la del sepulturero —comentó otro—. Al menos le pagarán cien dólares por sembrar a éste en un cajón de pino.

—¿Alguno de vosotros lo conocía? —preguntó la vieja. Nadie contestó.

—¿Dónde está su ropa? —preguntó el hombre de la cara marcada.

Uno de los mendigos la sacó de debajo de la cama. El hombre con la cara marcada la revisó. Encontró una navaja de bolsillo con el filo mellado, una moneda de cinco centavos y tres centavos sueltos. Eso era todo.

—Dadle los ocho centavos al sepulturero, de propina —dijo uno de los mendigos.

—No —replicó el hombre de la cara marcada—, se los daremos a nuestra casera.

La vieja extendió la mano. Los ocho centavos cayeron sombríamente sobre la palma.



—¿Quién era? ¿Lo conocía alguien? —volvió a preguntar la vieja.

—Supongo que nadie —respondió el hombre que había roto el vidrio.

—Y qué más da, ¿a quién diablos le importa un vagabundo muerto? —dijo otro.

—Tal vez a Dios sí le importe —respondió la vieja con una mirada dura y los ojos brillosos.

—Puede que sí —dijo el hombre que había roto el vidrio—, pero yo prefiero ir a la policía para que se lleven su cuerpo a la morgue. Y además tengo que encontrar mi zapato.

Una hora más tarde aparecieron dos policías, bajaron el cuerpo del vagabundo y se lo llevaron en un camión.

—Parece que se ha ganado un viajecito para él solo en el camión de la policía —dijo un vagabundo.

Luego el dormitorio volvió a quedar en silencio.